

Y ahí estaba él.

Ataviado con todos los harapos que encontró en el camino y los que pudo conservar hasta ese momento, luego de la aventura dantesca de llegar hasta allí con vida.

Conquistó el pico de la montaña media justo a tiempo para el ritual. No le fue sencillo sortear los escabrosos caminos pletóricos de trampas naturales, alimañas pequeñas y grandes que lo sorprendían cada tanto, amenazando con convertirlo en el gourmet de la noche.

Vio que otras dos montañas más altas, situadas una a cada lado, parecían custodiarle, pero la disposición de estas hacía las veces de canal natural para las corrientes, lo que resultaba en violentas y heladas ventiscas.

La tenue luz de la luna era piadosamente opacada por las nubes que se amontonaban en tropel para evitar que el astro nocturno presenciase aquel horrendo capítulo que estaba por ocurrir.

Con sumo cuidado, colocó dos velas en el suelo, sostenidas por sendos jarros ceremoniales, y en medio, aquel libro blasfemo que debó haber quemado y luego disuelto las cenizas para que nadie pudiera reconstruirlo jamás, ni con ciencia ni con magia.

Un rayo atravesó la cúpula celeste, silencioso, o tal vez el ruido ululante del viento no le permitía escuchar la protesta que provenía de las alturas, conminándole a desistir.

Un temblor le recorrió la espina, y sus manos comenzaron a temblar, y no tenía nada que ver con el frío. Su mente se negaba a continuar, y entonces, desde un tiempo que ya no lograba situar en su memoria llegó el recuerdo, claro como el agua, del día en el que conoció al doctor Al-Hassim Abdullah, y la razón que le llevó hasta allá.

Recordó que hacía un día espléndido y sólo quedaban un par de horas o poco menos para acabar la jornada. Había hecho el inventario con impecable eficiencia y estaba cerrando el archivo con los últimos documentos cuando ese hombre entró, detrás del director.

"Doctor Scott, le presento al Doctor Al-Hassim" había dicho.

No podría olvidar jamás el terrible escalofrío que le recorrió de pies a cabeza cuando estrechó su mano.

- El doctor Hassim requiere sus servicios como anticuario, Doctor - Continuó el director, más como una orden que como una petición. - Viene de muy lejos e hizo énfasis en que fuera usted quien lo atendiera, ¿es así, Doctor Hassim?
- El alto hombre sólo asintió con una inclinación de cabeza, y por un momento pensó que no hablaba español.
- Los dejaré a solas para que platiquen -

Y así, el director salió de la oficina, dejando al doctor Scott con aquel hombre enigmático.

- Doctor - Dijo, con esa voz propia de las gentes de oriente medio - su fama le precede -

Intentó mostrarse cortés, de agradecerle por el elogio, pero las palabras simplemente no podían salir de su boca, parecían horrorizadas de ir a parar a los oídos de aquel personaje.

Le miró directamente a los ojos.

- No se preocupe, doctor, no está loco, necesito que su mente esté tan abierta como sea posible porque voy a mostrarle algo, y su conocimiento en lenguas antiguas es la clave que necesito para completar la profecía -
- Pro, pro, ¿profecía? - Atinó a decir, por fin.

- Así es, doctor Scott -

y con un movimiento dramático, metió su mano en esas complicadas indumentarias propias de los ominosos habitantes de los áridos desiertos árabes y extrajo un fardo cerrado, atado con un cordel vetusto y deshilachado.

No se lo entregó, sino que lo rodeó con ceremonia y dejó el pesado fardo en su escritorio, tras lo cual pareció haberse desecho de una carga insoportable; y juraría por lo más sagrado que, ante sus ojos, pareció rejuvenecer varios años.

- No le diré qué hacer, Doctor. No tengo dudas de que es usted el elegido, y cuando vea el contenido del prodigio que he dejado en sus manos, la profecía será cumplida a cabalidad. -

- Pero ¿de qué profecía me está hablando? - dijo, y pensó que había gritado, pero en realidad fue un susurro apenas audible.

- No le corresponde a usted entender, mi estimado doctor, sólo servir de emisario, como yo, como el director, como todo el resto del mundo. -

Levantó una mano, evitando que pronunciara alguna palabra que no serviría de nada y luego le tomó de los hombros, la mirada fija en sus ojos.

Después de lo que juzgó un tiempo adecuado, le soltó y volvió a buscar algo en sus ropas. Con una mano cogió una de las suyas y en ella depositó el objeto que tenía en la otra.

A punto estuvo su corazón de detenerse cuando miró el objeto y sin esfuerzo pudo comprender a qué lengua pertenecían los grabados que portaba.

En sus ojos se reflejaba el horror.

El árabe salió del despacho sin pronunciar palabra, y el doctor se quedó ahí, pensativo, hasta que, armándose de valor, cogió el fardo y tiró del cordel, luego quitó la envoltura, dejando al descubierto el contenido.

Y entendió que no debió haberlo hecho nunca.

Ahora, de vuelta en la montaña media, con el libro en las manos y las velas en su lugar, pronunció las palabras en la inhumana y prohibida lengua. Enseguida las velas se encendieron, las llamas, de color verde resistieron encendidas los embates del viento.

Y fue ese mismo viento, que parecía venir de algún lugar fuera del plano natural, que pasó una por una las páginas de aquel libro hasta encontrar el ritual que debía él concretar.

Las palabras comenzaron a salir de su garganta, y cada una era como un cuchillo que cercenaba, que desgarraba. Los últimos momentos del ritual fueron como los estertores de un moribundo, y las espantosas palabras podían verse salir de su boca convertidas en volutas ensangrentadas.

Con las manos en el cuello a causa del dolor entendió que después de eso, no podría pronunciar palabra nunca más.

Y así, cuando la última blasfemia herética fue pronunciada, los vientos parecieron detenerse por completo, y un silencio sepulcral se impuso como una ley marcial.

Y luego de lo que parecieron horas de agónica espera, el ruido se hizo sentir: era como el ruido de un terremoto despiadado que estuviera partiendo el cielo en mil pedazos, haciendo vibrar cada ápice de la tierra kilómetros más abajo.

Y desde las profundidades de aquellos abismos terribles y tan oscuros que la luz misma es devorada cruelmente, emergió la criatura.

Dieciséis apéndices colgaban de su vientre abultado, y cada uno parecía exudar un humor viscoso y nauseabundo. Para equilibrarse usaba aquellas extremidades grotescas y torpes, cuyos pasos le hacían tambalearse sobre sí misma y siempre parecía que iba a dar de bruces contra el duro suelo. Mas continuaba su avance, tan espantoso que de solo mirarlo revolvía las tripas.

Y sus ojos...

"Oh, Dios mío." pensó "¿Qué he hecho?"

El horror.

Desde la distancia, parecía ser un sólo ojo, de tan juntos que estaban, y su vista parecía estar perdida en algún punto más allá de la existencia, como si estuviera añorando tiempos perdidos hace milenios y, de alguna forma, pudiera estar contemplándolos.

Avanzó dos, tal vez tres pasos, que recorrieron varios kilómetros a la vez, y al apoyarse en la cúspide de una ladera más allá, se irguió cuan largo era.

Entonces sucedió.

El grito.

Fue más bien un alarido.

Un alarido terrorífico y desgarrador que se apoderó su alma y la estrujó como si se tratara de un pedazo de papel, despreciable, ridículo.

El tiempo pareció detenerse, y si aquel chillido terrible, cuyas notas agudas se entrelazaban con las graves de formas indecibles e insoportables, duró menos de un minuto, para él fue una eternidad.

Y al destapar sus oídos cuando el episodio acabó, se encontró observando cómo su cabello se había vuelto blanco como la nieve de las llanuras siberianas.

Cayó de rodillas contemplando con regocijo aquello.

El fin había llegado, era inevitable.

El leviatán había sido liberado.

FIN